

á los horrores de que la corte de Francia debía ser testigo.

Josefina ignoraba cuán grande era la tormenta que lentamente se iba formando, pues de haberlo sabido, todo lo hubiera dejado y hubiera volado al lado de su marido.

Sin embargo, la tempestad tardó aún en estallar, y Josefina pasó con sus hijos al lado de sus padres dos años y medio en la más perfecta calma.

Esta se alteró, no obstante, al mismo tiempo con las noticias que recibió de Francia y con las turbulencias de la Martinica: sabido es que en 1790 aquellas colonias fueron teatro de grandes excesos, y que los negros, queriendo emanciparse, hicieron correr ríos de sangre y fuego.

Una noche en que la matanza era más espantosa, Josefina, perseguida al volver de su paseo por algunos furiosos, fué amenazada de muerte: acompañábanla sus hijos y Pascuala, la vieja negra que la había criado á ella misma.

La vizcondesa quiso entrar en casa de su padre, pero le fué imposible, pues se hallaba cercada por gran número de revoltosos: en tal angustia huyó hacia el puerto: un buque iba á partir: el capitán, de pie en el puente, había presenciado el terror y el inminente peligro que corría aquella desgraciada joven.

¡Venid! le gritó: entrad aquí, y yo os sacaré de estos funestos lugares.

Josefina entró en el buque con sus hijos y su negra, y éste se dió á la vela para Francia pocos instantes después.

La vizcondesa no pudo dar el último adiós á su querida madre, que pocos días después pasó á una vida mejor.

VIII.

La vizcondesa de Beauharnais no halló por cierto en París la calma y la tranquilidad que en él había dejado; abrumáronla muy pronto nuevos riesgos y profundos pesares: el vizconde de Beauharnais formó parte de la Asamblea constituyente, y se colocó entre los diputados que hacían la oposición al rey, desplegando entonces tanto talento como valor, siendo uno de los primeros nobles que se reunieron á los diputados de los Comunes, y el que propuso la igualdad de penas para todos los ciudadanos, así como su derecho á ser elegidos para todos los empleos, y aun para todas las dignidades.

Cuando la evasión de la corte de la familia real: cuando aquella fatal evasión, que costó al rey, á la reina y á sus hijos la prisión de Varennes, y que fué precursora del cadalso de Luis XVI y de su infortunada esposa, el vizconde de Beauharnais se condujo con tal dignidad y firmeza, que admiró

hasta á sus mismos enemigos, siendo entonces él quien presidía la Asamblea nacional.

Presos el rey y la reina en Varennes, pero vueltos á las Tullerías, aun vivió por algunos meses la sombra de la monarquía, si bien bajo guardias de vista y oprimida con todos los rigores de una prisión: «el trono,—dice un distinguido escritor—perdió su autoridad, y las turbas de los furiosos rodeaban el palacio é insultaban impunemente á los reyes.»

La monarquía estaba muerta, y sólo su espectro vagaba aún en los salones de la morada real.

El vizconde de Beauharnais fué nombrado en 1792 general del cuerpo de ejército estacionado en Soissons, y poco después para mandar en jefe el ejército del Rhin.

Se le propuso antes de esto que aceptase el ministerio de la Guerra; pero como el Gobierno había separado del ejército á todos los nobles, no sólo no aceptó el ministerio, sino que hizo dimisión de su empleo de general, y se retiró á Ferte-Imbault con su familia.

De este modo fué como el huracán político arrancó á Josefina de Paris: aquella buena sociedad de la que ella había sido uno de los más bellos ornatos, no existía ya: la nobleza empezaba á ser perseguida, ultrajada, aborrecida; y el cadalso donde pareció Luis XVI el día 21 de Enero de 1793, fué la señal del exterminio de los nobles.

El vizconde de Beauharnais, indignado con los desordenes á que se entregaba aquella nación tan respetada y tan noble en otro tiempo, y más aun con la persecución que sufrían todas las familias enlazadas con la suya por los vínculos de la sangre y de la amistad, escribió en su retiro y publicó una obra cuyo título era: *Observaciones contra la proscripción de los nobles.*

¿Quién podrá pintar la ternura, la abnegación de Josefina para su esposo durante aquellos aciaños días de voluntario destierro?

Su amor parecía redoblarse, y era tan natural en ella la abnegación, que dedicó sin esfuerzo ninguno su vida entera á acompañar á su marido, y á distraerle de sus penas.

El carácter del vizconde se había amargado de una manera extraordinaria con las penas y las vejaciones: nada hay que tanto hiera como el olvido cuando se cree uno merecedor de la recompensa; y el vizconde sentía cada día en su alma un raudal de hiel, que se comunicaba á todas sus palabras y á todas sus acciones.

Entonces fué cuando el carácter angelical de Josefina desplegó toda su gracia y toda su dulzura: doce años de matrimonio no habían podido ni aun entibiar el puro, tierno y generoso amor que á su esposo tenía, y dedicó su vida entera á su consuelo.

La tempestad se formaba terrible sobre la cabe-

za del vizconde: un día llegó fuerza armada á la casa que habitaba en Ferte-Imbault: fué preso de órden del Gobierno, conducido á París como sospechoso, y encerrado en un calabozo.

Ocho días después Josefina fué presa del mismo modo, y conducida á otro calabozo; y la hermosa española Teresa Cabarrús, entóncees madame Tallián, amiga íntima de la vizcondesa, fué la que se hizo cargo de los dos hijos de ésta, Eugenio y Hortensia.

IX.

Instruyóse un proceso contra el vizconde de Beauharnais, tan rápidamente como era entonces costumbre, y se le condenó á muerte como *sospechoso* y como protector de los nobles expatriados, á los que en efecto había socorrido muchas veces, ya con dinero, ya dándoles asilo en su propia casa, cuando eran perseguidos para llevarlos al cadalso.

Condenósele á muerte, y Josefina, que se hallaba en un calabozo al lado del suyo, vió pasar á los que iban á notificarle la sentencia.

La pena, la zozobra de la suerte de sus hijos la tenían enferma; pero al ver la fúnebre luz de las antorchas; al oír el ruido de los fusiles, comprendió lo que pasaba, pues su carcelero la tenía infor-

mada del curso del proceso de su marido, y ella misma había cambiado algunas cartas con su esposo, donde éste le expresaba sus temores por la suerte de entrambos.

La vizcondesa, loca de terror, saltó de su lecho y se lanzó á la puerta golpeándola y dando gritos desgarradores.

Uno de los hombres vestidos de negro se llegó á la cerradura del calabozo, y dijo con voz ronca:

—Sosiégate, ciudadana: ahora te llegará á ti la vez: se os tratará del mismo modo á tu marido y á ti.

—¿Pero adónde vais? exclamó la desgraciada: ¿qué vais hacer á mi marido?

—Lo mismo que á ti: ahora vendremos á entendernos contigo.

—¡Los dos vamos á morir! se dijo Josefina, cayendo de rodillas en medio de la prisión: ¡Oh, hijos míos, mis pobres hijos! ¡Qué será de vosotros!

Un torrente de lágrimas le cortó la palabra.

La desgraciada joven no era ya la misma que hemos conocido: al sacarla de su casa, no la habían permitido llevar consigo prenda ninguna de su uso: su traje estaba sucio y ajado: su lencería en el más deplorable estado: una palidez mortal cubría sus facciones, pues ni cerraba sus ojos al sueño, ni podía tomar ningún alimento: las lágrimas habían enrojecido sus hermosos ojos azules, y sus cabellos caían en desorden sobre su frente.

El hombre que la había hablado no la engañaba: después de salir de notificar la sentencia al vizconde, la fúnebre comitiva entró en su calabozo.

Josefina, que se hallaba arrodillada y presa de una angustia mortal, se levantó.

Un hombre de aspecto lúgubre y feroz y vestido de negro desdobló un papel y leyó su contenido.

Aquel contenido enteró á la vizcondesa de Beauharnais de que se hallaba condenada á muerte como su marido.

—Está bien—dijo Josefina con voz digna y serena, cuando terminaron la lectura:—no temo á la muerte, y menos si voy á ella acompañada de mi esposo: sólo os suplico que nos hagáis morir el mismo día y á la misma hora.

—Morirás un día después, ciudadana.

—¡Gran Dios! ¿He de ver pasar por aquí á mi esposo para ir al cadalso, sin acompañarle yo?

—No hay más remedio: el tribunal sabe muy bien hasta qué extremo amas á tu esposo, y te da el castigo de sobrevivirle por tus muchas culpas.

—¡Por mis culpas!—repitió Josefina amargamente:—¿y cuáles han sido esas culpas?

—El haber protegido á todos los nobles que huían, é iban á buscar asilo á tu casa.

—¿Y es acaso un crimen el ser humana? ¡Oh! ¡Tened piedad de mí!—exclamó la desgraciada Josefina, arrodillándose á los pies de aquellos hom-

bres de piedra:—no hagáis que sobreviva á mi marido ni un día..., ni una hora.

Aquella desconsolada súplica no obtuvo respuesta alguna: todos salieron del calabozo, y Josefina quedó sola con su dolor.

La noche la pasó en una especie de delirio mudo y sombrío: sus labios no podían entreabirse, ni aun para rezar: por delante de su imaginación pasaban las amadas y venerables sombras de sus padres, la de su tía, madame de Renaudin, la de Pascuala, su nodriza negra, las de todos aquellos, en fin, que ella amaba, y de quienes tan amada había sido.

Amanecía apenas, y un débil rayo de luz pasaba por los hierros del calabozo de la Conserjería, que ocupaba la vizcondesa, cuando le pareció oír sordo rumor de armas y de voces hacia los corredores inferiores.

Era el día 23 de Julio de 1794; día en que la guillotina segó el cuello de muchas víctimas inocentes.

Josefina, vuelta algún tanto en su acuerdo por el terror que sentía, corrió á la ventana, y en efecto, el ruido de pasos y voces era positivo, y cada vez más claro.

La agitación iba creciendo: y á las diez oyó abrir el calabozo de su marido.

Por un resto de conmiseración, ó acaso por un refinamiento de maldad, habían ido al calabozo del

vizconde por el lado opuesto al en que se hallaba su esposa: mas al salir, para subir el reo á la carreta que debía conducirle al cadalso, pasaron por delante de la prisión de la vizcondesa.

—¿No podré dar á mi mujer el último adiós? preguntó el vizconde con voz serena, al pasar por aquella puerta.

—Es muy justo, respondió uno de los de la comitiva: abre, llavero.

Corriéronse los cerrojos y las enormes barras de hierro, y la triste Josefina cayó en los brazos de su marido.

—¡Yo voy contigo!—exclamó entre sollozos:—¡No serán tan bárbaros que me condenen á sobrevivirte... sácame, sácame de aquí!...

—Tienes que vivir hasta mañana—dijo uno de los que acompañaban al vizconde:—así está mandado, y así se hará.

—¡Hasta el cielo, mi adorada Josefina!—dijo el vizconde, desprendiéndose de los brazos de su esposa.

Pero ésta, al faltarle el apoyo de su marido, cayó desplomada en el suelo, sin color, sin voz, y al parecer, sin vida.

A las dos de la tarde de aquel mismo día aun estaba sin conocimiento la vizcondesa de Beauharnais.

Ordenóse que se aplazase la ejecución de la sentencia, pues se creyó, en efecto, que había per-

dido la vida, y se la trasladó á su calabozo sin conocimiento alguno, acostándola al instante la mujer del carcelero y prodigándole lo más caritativos cuidados, pues la vizcondesa era adorada de cuantos la conocían, por su dulzura de carácter.

Pasaron algunos días sin que se pudiese asegurar que Josefina había recobrado del todo el conocimiento, y sin que sus jueces, no obstante ser inexorables, se atreviesen á enviarla á la guillotina: los desmayos se sucedían unos á otros, y la fiebre no la dejaba un instante.

Nuevas preocupaciones y serios temores embargaron al sanguinario Gobierno que diezmó la Francia en aquella época fatal: el reinado del terror acababa: la revolucion iba á dar á los tiranos la suerte de las víctimas. Josefina quedó olvidada, y el dolor, embotado al fin, ó más bien gastado por su misma continuidad, fué aclarando sus sombras y dejando penetrar en su alma la luz radiosa de la fe y el dulce resplandor de la esperanza.

Josefina fué olvidada en su prisión: y madame Tallián, su mejor amiga, se aprovechó de aquella feliz circunstancia para llevarle á sus dos hijos.

¿Qué pluma podrá describir la suprema, la inmensa dicha que sintió la vizcondesa á la vista de Eugenio y Hortensia? Ya contaban, trece años el primero y diez la segunda, y ambos se abrazaron á su madre, prodigándole los más dulces nombres y las más tiernas caricias: la madre, pálida aun y

flaca, se sintió revivir abrazando á sus hijos: los hijos, que habían guardado de ella el más dulce recuerdo, que habían llorado por ella durante tantos meses, no se cansaban de acariciarla: jamás afecto más vivo y más profundo ha unido á una madre con sus hijos, y este afecto duró tanto como la vida de Josefina.

Los dos hijos de la vizcondesa se hallaban vestidos de luto, y ella misma pudo ya tener en su prisión todo cuanto necesitaba. Madame Tallián era la que cuidaba de ella con una solicitud completamente fraternal, y la que cada día le llevaba á sus hijos desde que, á favor de la oscuridad y agitación que envolvían entónces los destinos de la Francia, pudo conseguir llevarlos la primera vez.

Por fin llegó á estallar la revolución: la memorable jornada del 9 Thermidor esparció sobre aquel caos de sangre y de ruinas su poderosa luz, y monsieur Tallián, uno de los que tomaron en en ella parte más activa, corrió con su mujer á dar la libertad á la vizcondesa de Beauharnais, que al ver la luz del día y el claro azul del cielo cayó de nuevo sin conocimiento alguno.

X.

El Directorio sucedió á la Convención: Josefina, acogida en casa de madame Tallián con sus hijos, de nada podía disponer, ni tenía con qué vivir: todos los bienes de su marido habían sido confiscados: no tenía en su poder la más pequeña cantidad, y esta precaria situación, de la que no sabía cómo salir, la agobiaba con todo su terrible peso y con todas sus angustias.

Sin embargo, su amiga le daba ánimo sin cesar y la animaba á esperar días mejores: era Teresa Cabarrús una mujer verdaderamente extraordinaria, y cuya historia daremos en esta galería: dotada de pasiones fuertes, la generosidad era en ella también una pasión, y cuando amaba, era con el mismo entusiasmo que cuando aborrecía.

Imposible sería contar las aventuras amorosas que tuvo durante su vida, y más imposible todavía enumerar los inmensos favores que prodigó á toda persona errante, perseguida, necesitada, por cualquiera título, de cualquiera manera que fuese: casada con Mr. Tallián, con el cual había sostenido relaciones amorosas muchos años antes, aquel matrimonio tuvo por principal objeto una generosidad constante é ilimitada.